

bien la idea dominante en Calderon es el honor, pero le exagera : como pensador, anatematiza las preocupaciones; como poeta halla bellezas en ellas (1). Sabia aun ménos historia que el fa-

¿cómo todos permitis
que la mayor luz se apague,
que la mejor flor se os muera,
que el mejor suspiro os falte?
Hombres que sabéis de amor,
advertidme en este lance,
decidme en esta desdicha :
¿qué debe hacer un amante
que viniendo á ver su dama
la noche que ha de lograrse
un amor de tantos días,
bañada la halla en su sangre,
azucena guarnecida
del mas peligroso esmalte,
oro acrisolado al fuego
del mas riguroso exámen?
¿Qué debe aquí hacer un triste
que el tálamo que esperarle
pudo, halla tímulo, donde
la mas adorada imagen
que iba siguiendo Deidad
viene á conseguir cadáver? etc.

(1) En *A secreto agravio dice el marido ofendido*

¡Ay honor! mucho me debes,
juntate á cuentas conmigo;
¿qué quejas tienes de mí?
¿en qué, dime, te he ofendido?
¿al heredado valor
no he juntado el adquirido,
haciendo la vida en mí
desprecio al mayor peligro?
¿Yo, por no ponerte á riesgo
toda mi vida no he sido,
con el humilde, cortés,
con el caballero, amigo,
con el pobre, liberal,
con el soldado, bien quisto?
Casado (¡ay de mí!) casado
¿en qué he faltado? ¿en qué he sido
culpado? ¿no hice eleccion
de noble sangre, de antiguo
valor? y ahora á mi esposa
¿no la quiero? ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
si en mis costumbres no ha habido
acciones que te ocasionen,
con ignorancia, ó con vicio,
¿por qué me afrontas? por qué?
¿en qué tribunal se ha visto
condenar al inocente?
¿hay sentencias sin delito?
¿informaciones sin cargo?
y ¿sin culpas hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¿qué un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido?
¿Que de ajena causa ahora
venga el defecto á ser mío
para el mal, no para el bien,
pues nunca el mundo ha tenido
por las virtudes de aquel
á este en mas? ¿Pues por qué (digo
otra vez) han de tener
á este en ménos, por los vicios
de aquella que fácilmente
rindió alcázar tan altivo
á las felices lisonjas
de su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
tan frágil? etc.

Y en el *Alcalde de Zalamea*, Pedro Crespo dice :

Que cuando en los pueblos miro
muchos que á reñir enseñan,
mil veces entre mí digo :
« Aquesta escuela no es
la que ha de ser, pues colijo
que no ha de enseñarse á un hombre
con destreza, gala y brio

moso dramático ingles Shakspeare (1), y no teme hablar de sus contemporáneos, pues en el *Sitio de Breda* saca á escena á Espinola, Nassau y otros personajes que vivian aun. Las ciudades encomendaban á un autor el auto sacramental que debía ejecutarse el día del *Corpus Domini*; y Madrid tuvo depositada su confianza en Calderon por espacio de muchos años, lo que le proporcionó la honra de que acudiesen á él con igual objeto las demas antiguas capitales de los reinos españoles.

Los autos sacramentales son ménos complicados que los dramas, y están llenos de cuestiones teológicas. En uno que escribió sobre el pecado original, figuran el Hombre, el Pecado y el Diablo; luego intervienen en el diálogo la Tierra y el Tiempo; despues aparecen la Justicia y la Misericordia de Dios bajo un dosel y sentadas á una mesa con todo lo necesario para escribir. Entónces el hombre es interrogado judicialmente : el príncipe Dios se adelanta; el remordimiento, de rodillas, le presenta una solicitud : el Hombre es interrogado nuevamente por Dios y absuelto; pero el Diablo protesta. Despues el Hombre lucha con la Loucura y la Vanidad; Cristo vuelve á aparecer con su corona de espinas, se remonta al cielo entre divinidades armonias, y cuando se halla próximo á su trono, cae el telon.

Figurémonos todo esto sazonado con largos argumentos teológicos, expresados en distintas formas, y se comprenderá á primera vista que nada hay que esté mas léjos de la idea que del teatro tenemos. Para divertir al pueblo, comenzaban las representaciones con una loa ó prólogo alegórico y jocoso : los intermedios se amenizaban con sainetes, que tenían por asunto una idea cómica ó un hecho de la vida comun, tanto mas indecoroso cuanto era mas serio el auto : por ejemplo, en un auto sobre la fiesta del Santísimo, entra el Celo y anuncia, que en la plaza de la Bienaventurada Virgen, se vende vino nuevo del heredero del reino del cielo : á tres maravedis, fe, esperanza y caridad.

Despues anuncia la Fama una cosa semejante.

á reñir, sino á porque
ha de reñir; que yo afirmo
que si hubiera un hombre solo
que enseñára prevenido,
no el cómo, el por qué se riñe,
todos le dieran sus hijos.

(1) Compárese la severidad de Sismondi, *Literatura española*, con la admiracion de Schlegel que llama poeta y artista grande y divino. En boca de San Ildefonso que floreció en el siglo XII, pone estas palabras :

La docta cosmografía
Que midió la tierra y cielo,
En cuatro partes divide
El globo del universo.
África, América y Asia
Son las tres, de que no tengo
Necesidad : Herodoto
Las describe con un ingenio.
La cuarta parte es Europa, etc.

En las *Armas de la belleza*, Coriolano está enamorado de Veturia, la cual con sns gracias le disuade de hacer la guerra á su patria.

En el intermedio, algunos estudiantes, durante la fiesta del Santísimo, entran en casa de un doctor, y mientras uno le expone un proceso cómico, el otro le roba. Los alguaciles les siguen, pero cuando los alcanzan, les encuentran de rodillas rezando la letanía. Alcanzados nuevamente, se confunden entre los penitentes, pero, siempre, para evitar la justicia, acuden á las ceremonias religiosas; y al fin el doctor robado, para consolarse, acepta la invitacion que le hacen de tomar parte en la fiesta.

La *Devocion de la Cruz*, traducida por Schlegel como la obra maestra de Calderon, es en efecto uno de los autos en que mas abundan las bellezas de concepto, expresion y efectos escénicos. El protagonista, que es Sienes, refiere su historia de este modo :

Yo no sé quien fué mi padre;
pero sé que mi primera
cuna fué el pié de una Cruz
y el primer techo una piedra.
Raro fué mi nacimiento
segun los pastores cuentan,
que de esta suerte me hallaron
en la falda de estas sierras.
Tres días dicen que oyeron
mi llanto, y que á la aspezeza
donde estaba no llegaron
por el temor de las fieras,
sin que alguna me ofendiese :
¿pero quién duda que era
por respeto de la Cruz
que tenia en mi defensa?
Hollóme un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la aspezeza del monte,
y trayéndome á la aldea
de Eusebio, que no sin causa
estaba entónces en ella,
le contó mi prodigioso
nacimiento y la clemencia
del Cielo asistió á la suya;
mandó en fin que me trajeran
á su casa, y como á hijo
me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
por su nombre y por aquella
que fué mi primera guía
y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
por pasatiempo las letras :
murió Eusebio, y yo quedé
heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto
no lo fué ménos la estrella
que enemiga me amenaza
y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
del ama, cuando mi fiera
condicion, bárbara en todo,
dió de sus rigores muestra;
pues con solas las enclas
no sin diabólica fuerza,
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento, y ella
del dolor desesperada
y de la cólera ciega
en un pozo me arrojó
sin que ninguno supiera
de mí : oyéndome reir
bajaron á él, y encuentran
que estaba sobre las aguas
y que con las manos tiernas
tenia una Cruz formada
y sobre los labios puesta.
Un día que se abrasaba
la casa, y la llama fiera
cerraba el paso á la vida
y á la salida la puerta,

entre las llamas estuve
libre, sin que me ofendieran;
y advertí despues, dudando
que haya en el fuego clemencia,
que era día de la Cruz.
Tres lustros contaba apenas
cuando por el mar fui á Roma,
y en una brava tormenta
desesperada mi nave
chocó en una oculta peña,
en pedazos dividida
por los costados abierta;
abrazado de un madero
salí venturoso á tierra
y este madero tenia
forma de Cruz. Por las sierras
de esos montes caminaba
con otro hombre, y en la senda
que dos caminos partia
una Cruz estaba puesta.
En tanto que me quedé
haciendo oracion en ella,
se adelantó el compañero,
y despues dándome priesa
para alcanzarle, le hallé
muerto á las manos sangrientas
de bandoleros. Un día
rifiendo en una pendencia
de una estocada caí,
sin que hiciese resistencia
en la tierra, y cuando todos
pensaron hallarla ajena
de remedio, solo hallaron
señal de la punta fiera
en una Cruz que traía
al cuello, que en mi defensa
recibió el golpe. Cazando
una vez por la aspezeza
de este monte, se cubrió
el cielo de nubes negras
y publicando con truenos
al mundo espantosa guerra,
lanzas arrojaba en agua,
balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
contra las nubes defensa,
siendo ya tiendas de campo
las mas ocultas malezas,
y un rayo que fué en el viento
caliginoso cometa,
volvió en ceniza á los dos
que estaban de mí mas cerca.
Ciego, turbado y confuso
vuelvo á mirar lo que era,
y hallé á mi lado una Cruz,
que yo pienso que es la mesma
que asistió á mi nacimiento
y la que yo tengo impresa
en los pechos.

Unese Eusebio á una cuadrilla de asesinos, pero en medio de sus crímenes, conserva su ardiente devocion á la Cruz; cuando asesina á un hombre, coloca una Cruz al lado de su cadáver; algunas veces la presencia de la Cruz detiene su brazo en el momento de ir á derramar sangre, y las víctimas perdonadas le ruegan que no muera sin confesion. Aparece Julia, su hermana desconocida, al mismo tiempo que su amada; la cual obligada por su padre á tomar el velo, abre paso á Eusebio para que penetre en su celda; pero este al ver la Cruz que hay sobre su pecho, evita los abrazos que tanto habia deseado; ella, por seguirle, abandona el convento disfrazada de hombre, y llega á ser mas desalmada y cruel que él, y no ménos devota. Despues de mil desastres y de cometer innumerables crímenes, Eusebio es perseguido, y estando á punto de caer en manos de los sol-

dados que conduce su mismo padre, logra salvarse. La escena representa un país salvaje, rodeado de precipicios, y Eusebio aparece herido en la cima de una roca; llega su padre, le reconoce y muere. Muere sin confesion, por lo que no puede dársele sepultura en sagrado, y los aldeanos que hallaron su cadáver, le arrojan entre las malezas. Mas de repente se oye un grito sordo y una voz que dice *Alberto*. Alberto es un pobre fraile, que volvía de Roma, el cual se apresura á acudir donde le llaman, y removiendo las malezas, descubre el cadáver que se levanta y se confiesa en medio del silencio y el terror de los espectadores, y una vez absuelto, vuelve á su tumba.

« Tanto con el Cielo puede de la Cruz la devocion. »

Un gracioso hace de tercero en esta horrible escena.

Julia, perseguida tambien, llega de improviso y á punto de sufrir el castigo de sus iniquidades, contempla aquel milagro, descubre que es hermana de Eusebio, y se abraza á la Cruz que hay en la tumba de aquel, prometiendo restituirse al convento y llorar sus extravíos. Se despoja de sus vestidos de hombre y aparece con su hábito de monja, arrodillada ante la Cruz, que desprendiéndose del suelo, se eleva y la eleva allí donde la justicia humana no llega, y empieza la divina: Eusebio meciéndose sobre las nubes, la tiende los brazos radiante de alegría.

Esta obra fué representada en Alemania, y es indecible el entusiasmo con que fué acogida; Hoffman estuvo extasiado durante su representacion, que basta á dar una idea del talento de su autor: además de abundar en efectos mecánicos de gran mérito, abunda en bellezas de primer orden; pero la razon no se da por satisfecho: con vanas fantasías (1).

Corneille, contemporáneo suyo, amalgamando la historia antigua con la política moderna, fué el representante de la antigüedad y la filosofía; diríase que Calderon escribió muchos siglos distante de él, y no en una edad de crisis, sino de orden, tan fiel permaneció á la civilizacion católica, igualmente distante del dogmatismo griego que del escepticismo moderno. Su pensamiento favorito es el triunfo de la fe y del arrepentimiento que convierte á los malvados en santos, por lo que, en sus catástrofes, el hombre no perece del todo como se ve en los escritores antiguos y en Shakspeare, sino que sufre una modificacion espiritual, y al morir para el mundo, nace para otra vida que empieza donde esta acaba. En su vejez, y una vez desembarazado del cuidado de adular y obedecer á los caprichos del rey, no escribió mas que autos sacramentales; pero no podemos ménos de reprobar la altiva y supersticiosa re-

(1) En los Documentos de Literatura extractamos muchas piezas del teatro español.

ligion que inspira, ni de rechazar esa especie de mitología cristiana que se halla en sus obras; tambien buscaremos en vano en Calderon ese amor al arte á que algunos deben su inmortalidad, derramando con preferencia en una obra todo el tesoro que encierran sus sentimientos y su poder.

La prodigiosa fecundidad, pero no el genio de estos dos grandes escritores cómicos, fué imitada por otros muchos, y el teatro solo produjo comedias calcadas en el molde de las que se escribian en Italia, faltas de estudio y de correccion. Agustín Moreto emuló á Calderon y quizá le sobrepujó en la buena disposicion, bondad y gracejo de las intrigas, y se cree que fué el primero que escribió comedias de carácter (*de figuron*). Fray Gabriel Téllez (de que no hablan Schlegel ni Sismondi), bajo el seudónimo de Tirso de Molina, escribió varias comedias que aventajan á las mejores en facilidad y donaire, aunque todo lo sacrifica á este. Rojas solo cede á Calderon y Moreto en el estilo, y su *García del Castañar* es considerado por algunos como el mejor drama español.

Á la muerte de Felipe IV, protector de las letras, y en cuyo reinado llegó á haber mas de cuarenta compañías dramáticas con cerca de mil personas, mandó la reina viuda que se suspendiesen las representaciones interin su hijo estuviera en edad de gustar de ellas. De aquí provino la ruina del teatro, y cuando el rey se casó, apenas se pudieron reunir tres compañías. El único sostenedor del teatro en aquella época fué el historiador Antonio de Solís, y con él acabó el esplendor de un arte de que tanto provecho sacaron los extranjeros, y especialmente los Franceses (1); en prueba de esto, citaremos el *Cid*, el *Heraclio*, el *Don Sancho de Aragon*, de Pedro Corneille; el *Wenceslao* de Rotrou, la *Princesa de Elide* y el *Convidado de Piedra*, de Molière, la totalidad de las obras de Tomas Corneille; y las primeras de Quinault. Esto basta para demostrar el mérito de un teatro que, como el inglés, se conservó nacional y moderno, al paso que en los demas países, á pesar de contar con grandes maestros, no se hizo mas que levantar un trono al arte antiguo.

Entre tantas comedias, ni una sola tragedia, que no sea importada, tienen los Españoles. Boscan dió el ejemplo con la traduccion de Eurípides. Hernán Pérez de Oliva escribió despues dos tragedias á imitacion de la Sofonisba de Trisino, que se representaron hácia 1570: Fray Jerónimo Bermúdez, bajo el nombre de Antonio de Silva, dió en Madrid al teatro otras dos tragedias que tenían por asunto las desgracias y la venganza de Doña Ines de Castro, tituladas *Nise lastimosa*, y *Nise laureada*. Algunas mas vieron la luz, pero faltas de originalidad. Mas

(1) Voltaire confiesa que, desde Luis XIV á él, los Franceses habian merodeado á los Españoles cuarenta composiciones dramáticas. Cervantes dice que: « no habia en Francia hombre ni mujer que no aprendiese el castellano. »

tarde, y una vez introducido el gusto á la poesía francesa, las imitaciones volvieron á levantar la cabeza tomándola por modelo: y puede decirse, que en nuestro siglo solo proveyeron á la escena de tragedias Cienfuégos, Quintana y Martínez de la Rosa.

Excepto los autores dramáticos, los demás poetas españoles mostraron mas tersura en el verso, y pureza en el estilo, que vigor de imaginacion. Hasta veinticinco poemas vieron la luz pública en medio siglo, los mas de ellos en loor de Carlos V; pero todos valen tan poco como la adulacion que los inspiró. El único que ha pasado de los Pirineos es la *Araucana* de Don Alonso de Ercilla. Nació en Madrid, y su vida, como la de los demas poetas españoles, fué agitada: á los ventidos años partió para Chile, donde guerreó contra los Araucanos que se habian declarado independientes, volviendo á ser gobernados por seis caciques en tiempo de paz, y por un dictador en tiempo de guerra, cuyas artes habian aprendido de sus enemigos. Don Alonso pensó cantar estas empresas, y alternando con las fatigas del campo, escribió su poema en pedazos de papel ó de cuero. Con doce cantos escritos, una vez conseguida la victoria, volvió á los treinta años á España, acompañado de la aureola de gloria que sonreía á aquella edad; pero Felipe II hizo el mismo aprecio de sus versos que de su valor. Creyendo Don Alonso que llegaría á vencer la indiferencia de sus contemporáneos, escribió la segunda parte de su poema, y aduló miserablemente al melancólico tirano; pero ni esta, ni otra tercera parte que le añadió, bastaron á arrancarle de la miseria y la oscuridad; por lo que rompió su lira, y se dedicó á pensar en su alma.

Ni la posteridad le hizo justicia: á pesar de que Voltaire, en la Reseña de las epopeyas, le ensalzó, quizá porque era desconocido y no por otra cosa, su poema es una historia fria y prolija, escrita sin imaginacion ni colorido local, arte para distribuir ni discernimiento para escoger; aunque es tan rica de amor nacional como pobre de entusiasmo poético, y de dición y confusa por la multitud de nombres propios que emplea. Campulican; héroe de los Araucanos y sosten de su patriotismo, es notable por su robusta grandeza salvaje, mas al cabo sucumbe y con igual imperturbabilidad recibe el bautismo que la muerte. Don Alonso no posee el arte de excitar vivamente los ánimos en favor de la constancia que lucha contra la superioridad de la fuerza enemiga y contra el ávido fanatismo de los Españoles; tampoco sabe pintar el valor individual de los aventureros, que asistian á aquella empresa, no con la ciega obediencia del soldado, sino con el ansia de aventuras, de ganancia, y de ejercer un proselitismo feroz y sanguinario. Los episodios están mal enlazados y carecen de colores propios; sus jardines encantados recuerdan los de Arcadia y Nápoles; la salvaje Glaura refiere á Ercilla sus amores

con el mismo lenguaje que pudiera hacerlo una dama española; el mismo Ercilla, para entretenir una larga marcha, cuenta á sus soldados en dos cantos los amores de Dido y Enéas, discute acerca de su autenticidad y del anacronismo en que incurre Virgilio, y sobre los derechos que tiene el rey Felipe á Portugal.

Dejamos para la edad siguiente el exámen de la pomposa decadencia y de la muerte artificial de los gongoristas. Los Españoles, que en poesía no hubo género que no ensayáran, no tuvieron en prosa un gran filósofo, ni un gran erudito, ni lo que es mas difícil de explicar, un gran predicador. La Inquisicion cortaba el vuelo al pensamiento, y mientras el resto del mundo se lanzaba al camino de lo porvenir, España retrocedía, volviendo los ojos á lo pasado, empeñada en polémicas escolásticas, que tampoco produjeron nada notable. Ni la unidad católica, guardada religiosamente, bastó á conservar lo que ya en otras partes se perdía en la noche de la duda.

Porque la depresion nacional llegó hasta el extremo de hacer olvidar la grandeza patria; la abundancia de materiales, de hechos grandiosos que referir, hizo que se descuidase el modo de referirlos; ninguno emprendió la tarea de escribir la historia de una literatura, en la que no es ménos variado el arte que extraña la serie de vicisitudes de los autores; y olvidando los Españoles que habian sido los primeros en Europa á lanzar la lengua por campos no conocidos, renegaron de los altos ejemplos de otra edad, y siguieron las huellas de los extranjeros. ¡La última baja en que puede caer una nacion es olvidar sus propios glorias y sus propias miserias!

CAPÍTULO XL

Literatura portuguesa.

La literatura de Portugal es hermana de la española. Todos sus poetas han cultivado tambien el castellano como mas noble y grandioso, al paso que su idioma, en que abundan las voces y sílabas nasales, si bien es rico en figuras atrevidas y de una construccion libre y variada, tiene algo de tierno y suave. En el siglo XV, que fué cuando la nacion llegó á su mayor altura, tocó tambien á su apogeo la literatura, aunque solo buscó su inspiracion en los amores.

El jefe de los poetas eróticos es Macías *el enamorado*, hechura del marques de Villena; á quien hizo poner en prision un marido celoso, matándole luego al traves de la reja de su encierro. Muchos cantaron en el mismo tono, y reinando Manuel el Grande, Bernardino Ribéiro, que fué víctima de un amor sin esperanza, modulaba tiernas melancolías. En la novela de *La inocente niña*, elevó por primera vez la prosa portuguesa hasta expresar sentimientos apasionados; introdujo en su patria la égloga,